

El analista: entre el deseo, el goce y la abstinencia.

¿De qué se trata un psicoanálisis? ¿Cuál es su eficacia? ¿Qué se espera de un análisis? Son preguntas fundamentales para quienes asumimos la responsabilidad de conducir una cura psicoanalítica. Se renuevan en cada ocasión ante la demanda que nos dirige aquel que sufre. Recobran vigencia en el intercambio con otros analistas para poner a trabajar los fundamentos del psicoanálisis.

Lacan, en *Variantes de la cura tipo*, plantea esta pregunta: ¿Qué es una cura psicoanalítica? Responde, en diálogo con los psicoanalistas post freudianos: *un psicoanálisis, tipo o no, es la cura que se espera de un psicoanalista. (1)*. Nos reenvía así a una nueva pregunta:

¿Qué se espera, entonces, de un psicoanalista?

Poner el acento en el analista, en la función que sostiene en transferencia en una cura, es una responsabilidad que cada uno de quienes ocupamos esa función no debemos eludir por el riesgo que conlleva. La impotencia, nos advierte Lacan, para sostener una práctica, en este caso la praxis analítica, puede reducirse al ejercicio de un poder porque es propio del hombre, incluso en el ámbito del psicoanálisis.

Intentaré abordar algunas cuestiones en torno *del psicoanalista*, y lo que se espera de él en la intensión de su acto. Ahora bien ¿Podemos extender este interrogante a la extensión? ¿Qué se espera de un psicoanalista en el lazo con otros?

Como ordenadores me serviré de tres interrogantes que cobran su valor no tanto por las respuestas posibles a las que podemos arribar, sino por sostenerlos como preguntas, incluso a costa de incomodarnos un poco:

¿El deseo del analista es neutral?

¿Sigue vigente la abstinencia como regla en el psicoanálisis?

¿Hay goce del analista?

El dispositivo analítico y la transferencia.

La experiencia del psicoanálisis sucede en transferencia. Es en ese lazo inédito que a Freud lo sorprende por sus efectos, que la palabra adquiere su función. Delimita el

concepto de transferencia como paradójico: motor y obstáculo de una cura. El análisis avanza en los rieles que el amor de transferencia teje. Una transferencia que a la vez es apta para las resistencias. En esa trama transferencial opera la regla fundamental: que el analizado diga lo que se le ocurra, sin censura, ni selección previa. Es en su originalidad donde recae la propuesta freudiana: hay un saber no sabido, y es esperable que se produzca en el encuentro con un analista que escucha. A esa regla le corresponde una disposición particular del médico: una escucha *parejamente flotante*. El riesgo que conlleva la desviación de este camino, advierte el maestro vienés, es que el analista no halle más de lo que ya sabe y que cualquier selección obedezca a sus propias inclinaciones.

No se debe olvidar – dice Freud- que las más de las veces uno tiene que escuchar cosas cuyo significado sólo con posterioridad (nachträglich) discernirá. (2)

Escuchar sin comprender y una *paciente obediencia* a las reglas constituyentes de una cura analítica. Paciente escucha que compromete al analista en su función en la transferencia.

Para Lacan, un análisis también transcurre en transferencia. Será fundamental la posición del analista: por un lado, hará suscitarse el sujeto supuesto saber. No hay dos sujetos en la experiencia analítica. La terceridad opera dando inicio a un análisis. La función de la palabra se vuelve operativa en la escena analítica en tanto el lugar de SSS no sea encarnado por el analista sino que opere en sus efectos. Suposición que se sostiene en su enlace a la falta de saber y no a una creencia o acto de fe.

Por otro, el analista en el lugar de semblante de objeto “a”, oficia de agente del discurso analítico, haciendo tope a la deriva simbólica. Lugar que en su costado de ausencia devendrá causa del discurso y propiciará que los objetos de goce del sujeto transiten la trama transferencial.

El analista “no cura” por lo que es, sino por el lugar que ocupa en la transferencia. Lacan, en *La dirección de la cura y los principios de su poder*, define la posición del analista como la del “oyente”, desterrando toda intersubjetividad referida a la transferencia. Se trata de la terceridad que implica la palabra y la instalación de la transferencia en sus tres dimensiones: Real, Simbólica e Imaginaria. En esa posición de oyente recae su responsabilidad: como intérprete del discurso y porque instaura la abertura propia de la regla fundamental de asociación libre. El operador del acto del analista y por ende de los virajes del discurso es el deseo del analista.

Con el concepto de deseo del analista, Lacan despeja y delimita la posición del analista en una cura. La presencia del analista queda ligada al lugar que ocupa en el discurso, lugar desde el cual orienta su acto.

¿El deseo del analista es neutral?

El deseo del analista ¿no da cuenta de una paradoja en este punto?

La actitud del analista- dice Lacan- no podría sin embargo dejarse a la indeterminación de una libertad de indiferencia. Pero la consigna de uso de una neutralidad benevolente no le aporta una indicación suficiente. (1)

El riesgo es que esa benevolencia se enlace al bien del sujeto y allí extraviar su acción. El analista no es entonces indiferente al padecimiento del sujeto ni su posición indeterminada. El problema de la neutralidad es que se torne un ideal y así hacer encallar su acto desviándolo de la orientación que le da el deseo del analista. Y el deseo del analista no es neutral sino que se define por operar en la máxima diferencia entre el ideal y el objeto.

El analista no dirige al analizante sino que dirige la cura. Su presencia está determinada por el lugar que ocupa: semblant de objeto "a", causa del discurso y operador lógico. Su acto tiene una inclinación. Dice Lacan:

Qué es la neutralidad del analista sino es justamente eso, esta subversión del sentido, a saber esta especie de aspiración no hacia lo real sino por lo real. (4)

El analista se orienta no hacia lo real, sino por lo real y desde allí, su acto cobra dirección. La interpretación analítica no está abierta a los múltiples sentidos. La posición del analista en la transferencia está determinada por el discurso que en ella se despliega. La operación del discurso analítico implica una quita de goce en la reproducción de la neurosis en transferencia. Es el deseo del analista el operador del giro para que el discurso del analista. No es neutral entonces. Tiene una orientación a favor del deseo del sujeto y no de los sentidos a los cuales aquel que sufre viene fijado desde su fantasma. Subversión del sentido por el sujeto. Acaso, la letra, ¿no caerá como efecto de esa operación, litoral entre real y simbólico?

El deseo del analista no es un deseo puro, es efecto de la experiencia del análisis y se verifica en la posición analizante. Desanclado de su fantasma podrá operar como vacío, causa del discurso en la transferencia.

El deseo del analista ¿no implica un punto de tensión? Es y no es neutral. Es neutral por su posición de oyente, donde la subversión del sentido será habilitada por el acto del analista. Pero no es neutral ya que tiene una orientación. Implica una posición ligada a la política del síntoma y la ética del deseo.

Ese punto de tensión, ¿no nos compromete en sostener vigente esa paradoja para interrogarla cada vez?

¿De qué se trata la abstinencia en una cura?

Freud postula el principio de abstinencia, que supone soberano en el campo del psicoanálisis:

Postula lo siguiente: En la medida de lo posible la cura analítica debe ejecutarse en un estado de privación – de abstinencia.

Y aclara que por abstinencia no se refiere a una privación cualquiera, sino a algo que está relacionado directamente con la contracción de la neurosis. ¿Que está en la causa de la neurosis? Lacan nos orienta en un punto fundamental: la relación del sujeto con el Otro al que intenta taponar en su falta radical a través de su fantasma como soporte de su deseo. Esa relación al Otro, queda situada en el análisis por la demanda que el sujeto dirige por el hecho de hablar.

El analista oferta su escucha para que el sujeto articule, en transferencia con palabras, su demanda. En la cura es necesario que esa demanda se aloje, sin satisfacerla ni rechazarla. No se trata de frustrar al sujeto sino habilitar el despliegue de su padecer y sus fijaciones de goce, hacer entrar, dice Lacan, entramada en su demanda: *hasta el fondo del fondo de la primera infancia. (6)*

Introducirlo en esa experiencia de la palabra en transferencia no es otra cosa que introducirlo en la imposibilidad de que todo pueda ser dicho, consumando esa escisión que el sujeto sufre por ser sujeto que habla, cuya consecuencia, el deseo revela.

El lugar del analista ¿es un lugar abstinerente? Se abstiene de comprender, dar sentido, de dirigir al paciente. Se abstiene también de operar desde su fantasma, ideales o prejuicios. Pero ello no implica su acto. Incide y fuerza con su interpretación otra cosa que el sentido que resuena del significante. Su acto implica revelar el anudamiento del síntoma en su cara real, de fijación a un goce ligado, a lo que Freud llamó: *miseria neurótica.*

¿Hay goce del analista?

El lugar del analista excluye al goce de la persona del analista. El deseo del analista en tanto operador lógico en transferencia, permitirá suspender el goce, para hacer surgir su acto. Sin embargo no va de suyo, no es un acto voluntario, ni un estado permanente en una cura. El deseo del analista no es un bien ni algo que podrá obtenerse. Es posible que quede suspendido por los avatares que implica estar hecho de la misma estofa que el analizante.

La posición del analista, su acto y el deseo del analista que lo orienta son contingentes en una cura. Si Freud y Lacan ponen al analista en el banquillo, lo interrogan y no descansan en delimitar su función en una cura es fundamentalmente porque es una función con riesgo. En el despliegue de la transferencia el analista ocupará el lugar de semblante de objeto "a" causa del discurso del analizante habilitando que se inscriba lo real en tanto sexualidad y muerte. Pero ese lugar, solo es posible si queda suspendida cualquier vertiente del goce.

Mantener vigentes la pregunta por el deseo del analista es una apuesta que, quien dirige una cura debe sostener. Es un deseo que es necesario recrearlo con la experiencia del análisis del analista. Ahora bien, más allá del final de un análisis ¿Es en la posición analizante, efecto del pasaje por un análisis, donde ese deseo del analista se recrea y reaviva?

¿Qué se espera de un analista en la extensión?

En la extensión, en *toda aquello que presentifica el psicoanálisis en el mundo*, nos encontramos como sujetos de la división que nos causa e instaura la hiancia del deseo.

El pasaje por un análisis se efectuará en la posición analizante. Esa posición recoge los efectos del atravesamiento de un análisis y lo que implica en cualquier relación a los otros. Pasaje que no es sin resto: lo indecible, resto de goce de cualquier operación analítica. Es esperable que en el enlace a esos otros, se inscriba el significante de la falta en el Otro, efecto propicio para que en el lazo opere la castración apaciguando los goces en juego. Así como en el análisis en intensión, en la extensión ¿no debemos recrear ese lazo anudado a la casatración? ¿Cómo hacer con ese resto de goce ineliminable, opaco, en el lazo para recrear la confianza?